

GONZALO ARANGO
CARTAS A AGUIRRE
(1953 – 1965)

GONZALO ARANGO

CARTAS A AGUIRRE
(1953 – 1965)

Edición y prólogo de Alberto Aguirre



MEDELLÍN - COLOMBIA, 2006

CARTAS A AGUIRRE
(1953 - 1965)

EDICIÓN Y PRÓLOGO: Alberto Aguirre

CUARTA REIMPRESIÓN: julio de 2019

COLECCIÓN RESCATES

© Alberto Aguirre

© FONDO EDITORIAL UNIVERSIDAD EAFIT
CARRERA 49 No. 7 SUR - 50
TEL.: 261 95 23, MEDELLÍN

ILUSTRACIONES: Alejandro García Restrepo

ISBN: 978-958-8281-16-4

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

PRÓLOGO

GONZALO
SU PRESENCIA Y SUS CARTAS

Parecía un niño. Más por la dulzura de los ojos que por la contextura física. Venía de Andes, había entrado al primer año de la Facultad de Derecho, en la Universidad de Antioquia. Era Gonzalo Arango. Se hizo amigo de Carlos Jiménez Gómez, también estudiante de derecho, poeta, escritor, y por su intermedio llegamos a encontrarnos. Integrábamos, junto con otros, un grupo informal, de reuniones frecuentes pero irregulares. Hablábamos de libros, de mundos y de versos. Pero más que hablar de literaturas, el afán callado era ir entendiendo el mundo e ir trabando conocimiento con otro ser humano. Conocer a otro es casi tan rico como conocerse a sí mismo, y un tanto menos problemático. Se da, además, entre los seres humanos, por azares del espíritu, a la primera mirada, una armonía. Gonzalo y yo nos vimos, y nos descubrimos pares, sin necesidad de nombrarlo.

Gonzalo era casi un niño. En realidad, tenía ya 20 años, pero gracias a aquella apariencia de dulzura y fragilidad conservaba el mito de la adolescencia, que él se complacía en exhibir. Además, era un estudiante fracasado. Terminó bachillerato en el Liceo de la Universidad de Antioquia, en 1950, pero no logró el título de bachiller, pues perdió Física y ni siquiera trató de habilitarla. Había logrado matrícula provisional en derecho, y si al comienzo asistió a algunas clases, bien pronto las abandonó. Yo era el otro extremo. Tenía 25 años, había terminado derecho a los 21 (en la misma Universidad de Antioquia), era Juez del Trabajo de Medellín, profesor de Derecho del Trabajo en la Universidad de Medellín, recién fundada, y tenía oficina de abogado en el Edificio San Fernando.

Gonzalo era delgado y de baja estatura. Si a estas condiciones se añaden aquella dulzura de sus ojos, como traslúcidos, y la ternura que brotaba de su mirada, de sus gestos, de su simple inclinación hacia el otro, se tenía

a primera vista la sensación de fragilidad. Se daban otras condiciones. Una alegría, la risa fácil, la palabra pronta e ingeniosa. Y ya una cultura. Y ya una inteligencia, como capacidad para aprehender el mundo. La pronta disposición para el diálogo, el ánimo expansivo. Y, por encima de todo, el dolor de los demás. Padecía, como si fueran sus propios estigmas, las angustias de los pobres y desvalidos. Gonzalo no era un ser frágil. Era un hombre íntegro, cálido, generoso.

Al grupo, que se reunía sin formalidad, casi todos los días, en mi oficina o en un café, se iban sumando otras gentes, que volvían o que seguían su camino. Eso no era una tertulia. Un día estaba en mi oficina Arturo Echeverri Mejía, cuando llegó Gonzalo. Algún recelo inicial. Se trataba de dos mundos extremos.

Arturo era capitán del ejército, en uso de buen retiro. Pocos años antes había realizado una hazaña que tuvo reconocimiento mundial: en asocio del subteniente de navío Jaime Parra, y del recluta Bartolomé Cagua, aún los tres en

servicio activo y destinados a la base fluvial A.A.C. *Leguízamo*, en Puerto Leguízamo, sobre el río Putumayo, construyeron, con diseño de Echeverri, un barco en madera, con palos cortados en la misma selva, e impulsado a vela. Bajaron por el Putumayo, pasaron al Amazonas y llegaron a la desembocadura en el océano Atlántico. La mayor travesía, a vela, por agua dulce, que se había cumplido hasta entonces en el mundo. En parte del trayecto, hasta Belém do Pará, los acompañó el teniente de navío (r.) Agustín Smith, y allí tuvo que dejarlos por cuestiones de salud. Por el mar, desde las bocas del Amazonas, en navegación costera, llegaron al fin a Cartagena. Arturo empezó a escribir, como es debido en cada navegación, el diario de a bordo, pero bien pronto, a las anotaciones escuetas del trayecto y sus situaciones, fue agregando observaciones personales acerca del mundo, de sus compañeros, de sí mismo. El diario de a bordo se convirtió en una novela, en un libro de viajes, en un libro de aventuras. El hecho es que el capitán Echeverri, luego de

veinte años en las filas, se había revelado escritor. Al llegar a tierra firme, no sólo le dieron la Cruz de Boyacá, sino que le dieron, dentro de la misma Armada, un puesto de escritorio en Bogotá. Pidió la baja. Su compañero, el teniente Parra, llegó a comandante de la Armada, con el grado de Almirante. Echeverri se vino a Medellín, su tierra. Aquí, el grupo de amigos que nos reuníamos a tomar tinto, de ordinario en el *Café Madrid* (Carlos Castro Saavedra, Manuel Mejía Vallejo, Luis Martel, Oscar Hernández, Hernando Escobar Toro), conocimos a Arturo, conocimos el libro de aquella aventura, ese diario de a bordo que él había llamado *Antares*, y lo editamos. Era el año de 1949. Meses después se fue a montar una finca en el Bajo Cauca, tierra brava. Y seguía escribiendo.

Arturo era doce años mayor que Gonzalo. Un hombre curtido por mares y fatigas, que había conservado el puro corazón. Tenía esa misma ternura, aún más conmovedora en hombre de tal estructura y de tales experiencias.